

Libertades de enseñanza

E.
MIRET
MAGDA
LENA

ES un error grave hablar de "libertad de enseñanza" como si sólo hubiera una interpretación posible a esa libertad: la que propugnan los antiguos defensores de la escuela católica única.

Estos conservadores se han disfrazado hoy de liberales, y como ya no pueden imponer su dictadura implantada a la fuerza durante el franquismo nacional-católico, sin ninguna voz disonante por parte de estos católicos oficiales y obispos, proclaman ahora la frase "libertad de enseñanza" usando abusivamente una expresión que ellos mismos olvidaron defender cuando tenían la sartén por el mango durante tantos años.

Eso sólo ya la hace sospechosa. Y cualquier análisis somero de esta postura claramente desvela el fondo real de su petición. Porque quieren el privilegio de la escuela pública, y el privilegio en la escuela privada.

Empecemos por esta última. Los colegios privados dirigidos por católicos, según ellos, deben existir profusamente por todo el panorama del país, y pretenden que estén subvencionados por el Estado como si fuesen una escuela pública. En una palabra: las clases sociales más desahogadas económicamente, entre las que abundan más estos católicos conservadores, tendrían una mayor ventaja económica que el escolar más débil económicamente. La familia que puede pagar ese gusto suyo y sufragar el gasto de una escuela hecha a su medida conservadora, pretende que el resto del país la ayude económicamente a realizar su idea, aunque esto suponga —como de hecho supone— una pesada carga para la sociedad española.

Tengamos en cuenta además que, según la teoría del pluralismo de escuelas, habría que pensar en un dispendio que ni los países más ricos se pueden permitir, al tener que apoyar económicamente todo tipo de escuela ideológica que los padres quisieran implantar. Y hacerlo por todas las ciudades, villas y pueblos de España, encontrándonos así con una inflación de escuelas de las más diversas orientaciones ideológicas siempre que un pequeño grupo de familias quisiera un determinado tipo de escuela para ellas.

Con ellos nos montaríamos en un presupuesto del Estado fabuloso que terminaría con la limitada riqueza del país, teniendo que invertir en este capítulo las ya exhaustas arcas de la recaudación del Estado, magramente rellenas porque se alimentan de un pueblo que ya está bastante esquilado por toda suerte de impuestos indirectos cuya incidencia real resulta abrumadora y por unas cargas sociales despilfarradas las más de las

veces como si fuésemos cada uno de los ciudadanos multimillonarios.

Vemos, pues, dos graves inconvenientes a la idea de la multiplicidad ideológica de escuelas o colegios: el privilegio para los más fuertes económicamente, al pretender que se sufraguen las escuelas católicas que ellos desean para sus hijos, en franco desequilibrio con los menos poderosos, bajo cuyas espaldas cargaría una buena parte de esta inversión; y el dispendio fantástico que supondría el pluralismo de escuelas.

La verdad es que esta interpretación de la "libertad de enseñanza" en manos de estos propagandistas católicos españoles tan clericales —o tan episcopales— es algo muy parecido a la famosa "ley del embudo" en la cual lo más ancho es para mí y lo más estrecho para los demás.

Yo, sin embargo, pienso que hay otros modos de entender la libertad de enseñanza, más justos y equitativos que el sistema que actualmente propugnan estos católicos conservadores como ideal. Y, concretamente, es el de que proliferen las escuelas públicas con preferencia a las privadas.

Escuelas públicas que den un nivel de cultura a todo niño español y consigan un nivel de convivencia entre las distintas ideologías familiares y hacerlo desde los más tiernos años del niño, para así conseguir formar a ciudadanos del mañana que se acostumbren a convivir y cooperar en lo que es común a todos, que debe ser mucho más que lo que nos separe. Y que no se vuelva a repetir el triste espectáculo de las dos Españas enfrentadas, como algunos euroderechistas pretenden volver a fomentar entre nosotros, a pesar de la desgraciada experiencia de nuestra trágica guerra civil y posterior franquismo que convirtió al país en un silencioso cementerio en el que sólo podían oírse las salmodias de la alabanza y no las verdades de la crítica.

En esta escuela pública pretenden otros que se tenga una enseñanza católica para quien la quiera, y que se siga impartiendo la clase de religión para aquellas familias que lo deseen.

Sin duda esta postura ya es un fuerte avance sobre la primera postura, y la libertad de enseñanza se realizaría sin ese dispendio irracional de la creación de una multiplicidad exorbitante de escuelas católicas —o de otra creencia religiosa— subvencionadas por el Estado.

Pero hay, además, otros católicos más avanzados que, siguiendo la experiencia hecha en otros países, quisieran una escuela para todos, y sin discriminación ninguna por motivos religiosos. Que fuese una verdadera escuela de convivencia

sin ninguna separación religiosa ni ningún tipo de enseñanza específica católica —o protestante, judía, mahometana o de cualquier otro signo religioso— en el seno de la escuela.

Basan su idea en un concepto religioso de la vida —los que son creyentes—, o un concepto profundo de la libertad de la convivencia igual para todos —aquellos que no lo son—, que son dignos de reflexión.

El católico avanzado piensa que la religión no debe transmitirse en una clase. Que lo religioso ni es ni debe ser una asignatura más que se imparta como un conjunto de principios abstractos y un ejercicio de memoria. La religión no es una ciencia ni siquiera un arte, es una vida, y como vida hay que transmitirla. Piensan por eso estos católicos que la escuela no es el ambiente adecuado para transmitir la fe, y hacerla desarrollar. Que un lugar plural ideológicamente no puede dar el ambiente propicio a insertar en él artificialmente lo que tiene que ser ante toda una vida. Y que el resultado de esta actitud equivocada, de considerar la religión como objeto de enseñanza por medio de una clase, deforma ya desde niños el concepto religioso que habían de tener en el futuro.

De ahí que piensen estos católicos que la religión debe transmitirse en la convivencia de la familia, en el culto de la iglesia y en las reuniones específicamente religiosas que son propias de los católicos (o de otros grupos religiosos cualesquiera).

La mejor prueba es que los grupos más convencionalmente religiosos no han adquirido esa convicción por el camino escolar, sino por el contacto personal de tú a tú, por el ambiente de la familia o de los amigos en el cual se sienten integrados mental y sentimentalmente.

El problema, o los problemas, surgen cuando se quieren plasmar lo más perfectamente esta idea de una escuela pública sin clase de religión. Se plantea el problema de la escuela única, el problema de la escuela estatal, el problema de la escuela neutra o el de la escuela laica.

Son muchos años de haber vivido bajo presiones religiosas muy cerradas, para que hoy acepten algunos fácilmente estos problemas; pero debemos intentar resolverlos prácticamente saltando por encima de unos inconvenientes más ficticios que reales, si bien se miran. ■